

**Estelle Tarica. *The Inner Life of Mestizo Nationalism*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2008. xxx + 240 pp.**

Este libro de Estelle Tarica plantea dos preguntas clave y oportunas en la reflexión sobre el indigenismo latinoamericano: ¿por qué razón el indigenismo resulta tan atractivo para aquellos no-indígenas, especialmente intelectuales y políticos? y ¿cómo se ha relacionado históricamente con el nacionalismo y con la consolidación del poder del estado? (xii). Al entrelazar indisolublemente estas dos preguntas, Tarica logra una de las mayores virtudes del libro, situar el indigenismo como un discurso de poder, deseado por las élites provincianas en busca de reconocimiento nacional, ejercido por un Estado revolucionario que promovía el mestizaje como síntesis de la nación, y que se personificaba a sí mismo como el único intermediario entre el mundo interior de lo indígena y la sociedad modernizadora que dicho discurso encarnaba.

A pesar de las críticas de que ha sido objeto durante las últimas tres décadas, el indigenismo generó un dispositivo ideológico perdurable: dotó a sus intelectuales, artistas y políticos con la capacidad de ser los únicos y verdaderos mediadores entre la sociedad moderna y un mundo indígena atrapado en el pasado. En este discurso, lo indígena posee una pureza y fuerza interna que constituyen la verdadera alma de la nación. El canal comunicante de esta experiencia íntima es el mestizo, que en su interior comparte esta intimidad

con el indígena. El estado nacional posrevolucionario al promover al mestizo como la síntesis de la nación, se autoconfiere el papel de depositario del alma nacional. Vistos desde su propio lente ideológico, el indigenismo y el nacionalismo cumplen un oficio redentor de la nación al recuperar su verdadera “alma”. A la vez, reclaman haber borrado el legado colonial de explotación del indio. A través de este mecanismo, la historia de los indígenas y la de la nación revolucionaria se hacen una sola. El “ser nacional íntimo compartido” es el lugar de diálogo entre el mestizo nacional y el indígena, situados en una relación que ya no es jerárquica. Por supuesto, si éstas fueron las verdaderas intenciones del indigenismo, hay que reconocer que fracasó estrepitosamente.

Tarica despliega una sofisticada estructura conceptual alimentada de reflexión poscolonial y rigor metodológico que sitúa en el centro las relaciones entre la ideología del Estado-nación y la escritura íntima y autobiográfica de tres destacados autores indigenistas provincianos: el boliviano Jesús Lara, el peruano José María Arguedas y la mexicana Rosario Castellanos. Sus trabajos son considerados por la crítica como generadores de cambio dentro del indigenismo, creadores de formas más genuinas de relación interétnica. Sin embargo, Tarica muestra la imposibilidad de juzgar el indigenismo a partir de la noción de autenticidad, mostrando que ésta es una de las herramientas ideológicas generadas por el indigenismo en su relación con la nación. Más allá de criticar al indigenismo por no ser

un discurso de los indígenas, sino sobre los indígenas, Tarica muestra la historia intelectual de esta separación, mientras aborda las intrincadas categorías etnoraciales que se superponen cuando se habla de “indio”, “indígena” o “mestizo”. Al desplazar la reflexión lejos de este marco bipolar, logra comprender la conflictiva relación entre el indigenismo y otras formas de pensamiento racial, por ejemplo aquellas que planteaban su completa exterminación o su incapacidad para desarrollar un sentimiento de pertenencia hacia ella.

Si bien toma distancia frente a estas versiones extremas de racismo, ¿cómo es que las denuncias hechas por el indigenismo terminaron convirtiéndose en opresivas ellas mismas? (xvi). Tarica aborda esta pregunta en el primer capítulo, al ofrecer su “Anatomía del indigenismo”. El indigenismo logra su éxito porque ofrece un sustento ideológico a la nación. Sitúa a los indígenas en el pasado mientras en el presente son tanto una muestra del atraso colonial, como la esencia íntima de la nacionalidad. “El pasado es indio, y el futuro mestizo” (5). No obstante, en el escenario público, indios y mestizos no comparten un mismo espacio. Es en la esfera de lo íntimo donde los dos grupos comparten “un alma”, “un latir”, “unas entrañas”. El Estado entonces desestructura las jerarquías sociales montadas en la inferioridad esencial del indio, pero en su lugar posiciona una nueva estructura jerárquica basada en el paternalismo.

El segundo capítulo analiza el mecanismo de “doble rechazo”,

como la base del mestizaje nacional boliviano, especialmente en la obra de Jesús Lara, escritor cuya madre era hablante monolingüe del quechua. Para sobrevivir a la presión social, el mestizo debe rechazar todo aquello que lo conecta con lo indio, especialmente la lengua. El doble rechazo consiste en rechazar este rechazo del mestizo hacia lo indio. En este proceso, el mestizo encuentra su propia subjetividad y se libera de su esclavitud. Tarica examina a Lara como un antecedente del discurso revolucionario que convirtió el mestizaje nacional en el centro del programa estatal posterior a la revolución de 1952. En *Surumi*, una novela sobre la educación sentimental de un sujeto mestizo de padres indios, presenta la educación como la herramienta que permite el autodescubrimiento y la liberación personal del sujeto a través de la escritura. Tarica señala que Lara confunde la experiencia mestiza con la india, como si su propia experiencia de exclusión le permitiera entender la exclusión vivida por el otro. Este es un elemento de unión con el indigenismo nacionalista que subordina la historia indígena a la propia historia del proyecto revolucionario nacional. Más aún, la experiencia indigenista andina podría constituir una búsqueda por autorizar a un nuevo grupo emergente de provincianos bilingües, cuya lengua materna indígena ya no sería vista como evidencia de atraso sino como una habilidad que los posiciona como mediadores privilegiados en la construcción de la nación.

En el capítulo tercero, Tarica aborda las transformaciones en la manera en que José María Arguedas entiende el lugar del mestizo en la construcción de la nación. Arguedas propone que la función primordial del mestizo es ser un agente mediador, “un eslabón viviente” (84) entre dos mundos, el inamovible mundo de lo indígena y aquel inestable de la modernización. El mestizo puede llevar a cabo esta mediación por su condición de bilingüe. La voz bilingüe está modelada por la imagen del mestizo como síntesis racial y cultural, que sustenta el proyecto político nacional, pero que no ofrece unidad lingüística ya que la experiencia de la sociedad moderna y la indígena sigue expresándose a través de dos lenguas separadas. Tarica cuestiona la naturalidad de la función mediadora del mestizo, mostrando cómo Arguedas transforma la voz bilingüe desde una poética de la mixtura hacia una de la traducción. En la primera, el autor crea un lenguaje “mestizo”, que mezcla el léxico y la morfología del quechua y el español en una lengua nueva. El procedimiento resulta fallido porque el mismo Arguedas considera que esta nueva lengua inventada es inauténtica, no corresponde con aquella hablada por los indígenas, y no puede comunicar la experiencia íntima que une al mestizo con el indio. Aunque esta artificialidad de la lengua había sido señalada por Alberto Escobar, Tarica hace un giro importante frente a su argumento. Para Escobar, el hecho mismo de que la lengua sea artificial hace que no haya diferencia entre la

producción literaria de un escritor monolingüe, bilingüe o multilingüe. Tarica toma la posición contraria para afirmar que el bilingüismo de Arguedas tiene un papel fundamental en la construcción de su lenguaje literario (86). De hecho, Tarica considera que la condición bilingüe de Arguedas es uno de los dispositivos más importantes para entender el desarrollo de su cambiante concepto de mestizo. Años después, en la poética de la traducción, el mestizo arguediano no posee una personalidad cultural propia, sino que renuncia a toda forma de poder, para convertirse en la voz mediadora, el intermediario que tiende un puente entre grupos antagónicos. En este proceso, la voz bilingüe se expresa a través de metáforas que expresan lo íntimo, un procedimiento que reclama la autenticidad de su papel como mediador entre categorías étnico-raciales difusas.

En su capítulo cuarto, Tarica analiza el giro de Castellanos hacia el indigenismo proponiendo que es parte integral de su demanda por independencia como escritora, mujer e intelectual (139). En novelas como *Balún Canán*, Castellanos examina el impacto del gobierno de Cárdenas en las haciendas regionales a través de personajes cuyas vidas no constituyen el eje del poder local: niños, nanas, trabajadores de la hacienda, indios. Castellanos, al igual que Arguedas, recrea su autobiografía en perspectiva, integrando su propia historia dentro de una narrativa nacional mexicana. La niña narradora es más una anti-heroína, una elección consciente de un personaje marginal y frágil que

no representa la Historia Nacional. Aún así, la novela está sintonizada con las narrativas de la modernidad mexicana, provocando una tensión constante porque la autora no está totalmente convencida de la capacidad de indígenas y mujeres para dominar racionalmente sus propias naturalezas (151). Esta idea está en consonancia con la posición del Estado central posterior a la rebelión conservadora de los Cristeros: mujeres e indios debían ser rescatados por el Estado de la influencia de la Iglesia Católica y las élites conservadoras regionales. Castellanos apela al indigenismo en su regreso a Chiapas para rescatarse a sí misma de la superficialidad de la modernidad, pero no puede abandonar la desconfianza que sienten las élites ilustradas nacionales por aquellos que no logran completar racionalmente su inserción como ciudadanos: las mujeres y los indios. Al igual que Lara, confunde en una sola versión la historia promovida por la revolución y la historia de los indígenas mexicanos. Como consecuencia, Castellanos se adhiere al proyecto nacional indigenista así como también a sus falacias.

Tarica cierra su libro con una reflexión sobre la manera en que el Estado ha reclamado para sí el papel de receptor de las pequeñas voces, borrando su insurgencia mientras magnifica virtudes como el silencio, la tranquilidad y el estoicismo. Se diría que el indigenismo brindó al Estado el fundamento ideológico para nacionalizar a los indígenas, para convertirlos en un recurso a su disposición. El análisis sofisticado y detallado de Tarica muestra las profundas

ambigüedades del indigenismo y la manera en que ha jugado un papel constitutivo en la formación del Estado nacional en México, Bolivia y Perú. Sin embargo, un trabajo de estas dimensiones siempre corre el riesgo de mostrar más las continuidades que las discontinuidades: a pesar de que la autora es ampliamente consciente de los matices que separan el nacionalismo andino del mexicano, esto no se refleja claramente en su análisis. Tampoco es claro cómo se diferencia el caso peruano del boliviano y el mexicano, ya que en estos últimos el discurso indigenista se convirtió en el proyecto nacional después del triunfo de la revolución, mientras en Perú este proceso está mucho más relacionado con la figura de Luis E. Valcárcel que con la de J. M. Arguedas. La autora menciona el papel de los movimientos indígenas en deteriorar el prestigio del que otrora gozara el indigenismo. No obstante, Perú ha sido reconocido por la escasa fuerza de los movimientos sociales de reivindicación étnica. Estos detalles, sin embargo, no menoscaban la solidez del edificio conceptual construido por Tarica. Más aún, el hecho de que Evo Morales apele a los dispositivos ideológicos creados por el indigenismo para reclamar un lugar para su proyecto político demuestra la enorme vitalidad de la unión entre indigenismo y política y la perdurabilidad de los dispositivos ideológicos creados entre la interacción entre la nación y los intelectuales y artistas indigenistas.

*Mercedes López Rodríguez*  
Georgetown University